



Declaración de IPPNW

Comité Preparatorio del Tratado de No Proliferación Nuclear, 2018

Presentada por el Dr. Carlos Umaña

Miércoles, 25 de abril de 2018

Sobre las consecuencias humanitarias de las armas nucleares

Tomo la palabra en nombre de los *Médicos Internacionales para la Prevención de la Guerra Nuclear*, miembro fundador de ICAN.

La necesidad de colocar las catastróficas consecuencias humanitarias en el centro de las discusiones sobre las armas nucleares se ha manifestado muchas veces, especialmente en la Conferencia de Revisión del TNP de 2010 en su documento final, en las Conferencias Humanitarias en Oslo, Nayarit y Viena, y como parte de el preámbulo del Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares.

Con la esperanza de que en el proceso de toma de decisiones prevalezca un entendimiento basado en la evidencia, seguiremos presentando dichas consecuencias en este y otros foros relevantes.

En general, las consecuencias de una detonación nuclear se derivan de la explosión, del calor y de la radiación ionizante, que tienen efectos inmediatos, a corto y a largo plazo en los entornos locales, regionales y globales.

Por sí sola, la onda expansiva y las sobrepresiones asociadas, junto con los vientos huracanados, destruyen la mayoría de los edificios y la infraestructura, convirtiéndolos en escombros. El calor, en el orden de cientos y miles de grados, produce grandes áreas de incendios coalescentes que, bien por incineración o bien por agotamiento de oxígeno, eliminan todas las formas de vida en dichas áreas.

La radiación ionizante puede ser parte de la detonación misma o ser propagada regionalmente como parte de una lluvia radiactiva. Causa enfermedades agudas y en el largo plazo que a menudo son fatales, así como efectos genéticos e intergeneracionales en la salud.

La enfermedad aguda por radiación puede causar la muerte en cuestión de horas, días o semanas, y quienes se recuperen podrían seguir enfermos durante meses o incluso años. A dosis más bajas, la radiación ionizante puede causar cánceres y otras enfermedades crónicas, aún varios años después de la exposición. La radiación también causa defectos drásticos de nacimiento y daño genético; hoy en día sigue siendo común la ocurrencia de bebés con malformaciones graves en las regiones afectadas por ensayos nucleares. Además de esto, los sobrevivientes de ataques nucleares habrán visto sus hogares y su patrimonio cultural y natural convertidos en un desierto nuclear, y sufrirán una vida entera de estigma y prejuicios.

Es imposible contar con una respuesta significativa, ya sea médica o de socorro a desastres, tras la detonación de armas nucleares, ya que la infraestructura física y social necesaria para la recuperación se habrá destruido. Los trabajadores de la salud habrán muerto o estarán gravemente heridos y los niveles peligrosos de

radiación evitarían que los servicios de emergencia puedan ingresar a las áreas afectadas. Las instalaciones médicas serían destruidas o deshabilitadas y faltarían los suministros esenciales.

Además, un pulso electromagnético resultante interrumpiría la red de suministro eléctrico y los equipos y sistemas electrónicos. Todas las formas de viaje internacional, tales como aviones y trenes, probablemente se interrumpirían por un tiempo indeterminado. Las comunicaciones electrónicas podrían fallar, lo que tendría un impacto importante en la economía global.

Las detonaciones de armas nucleares también tienen consecuencias ambientales extremas y duraderas. Un conflicto nuclear regional limitado que involucre solo 100 bombas nucleares del tamaño de la que se usó en Hiroshima, tal y como ocurriría si se usa menos de la mitad de los arsenales de India y Pakistán, perturbaría gravemente el clima y la agricultura mundial por más de 20 años. Esto afectaría los cultivos y produciría una hambruna que mataría a 2 mil millones de personas, la mayoría de ellas lejos del lugar donde se produjo el conflicto original. Dicha hambruna también generaría disturbios sociales y conflictos violentos, tanto dentro como entre las naciones. A una mayor escala, los miles de armas nucleares que poseen Estados Unidos y Rusia provocarían un invierno nuclear, destruyendo los ecosistemas esenciales de los que depende la vida. La agricultura se detendría, la civilización humana desaparecería, los ecosistemas colapsarían y muchas especies, quizás incluso la nuestra, se extinguirían.

Este escenario tan dramático no es una posibilidad teórica. Es una realidad de la que hemos escapado por mera suerte. Solo en Estados Unidos se han documentado más de 1000 casi accidentes con armas nucleares. La dependencia cada vez mayor en sistemas automatizados ha aumentado el riesgo de ciberterrorismo y de error humano y técnico, hasta el punto de que se ha determinado que la guerra nuclear más probable será una accidental. La urgencia del desarme nuclear, por lo tanto, no es ninguna exageración. Dado que esta amenaza existencial no conoce fronteras, la responsabilidad de procurar un mundo libre de armas nucleares recae en toda la comunidad internacional.

Siempre conscientes del hecho de que no hay cura alguna para los efectos de las armas nucleares, como profesionales de la salud, tenemos que abogar por la prevención primaria a través de la eliminación de los arsenales nucleares. Teniendo en cuenta que la prohibición ha precedido a la eliminación con otras armas de destrucción masiva, resulta lógica la premisa de que la prohibición será efectiva para el desarme nuclear. Por lo tanto, nos unimos a las voces que han hablado hoy y hacemos un llamado a todos los Estados para que firmen y ratifiquen el Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares.

Muchas gracias.